

# Perlas *de la* Madre de la Eucaristía

“MOVIMENTO IMPEGNO E TESTIMONIANZA MADRE DELL’EUCARISTIA” - AÑO XIX - N. 163

## Fiesta de la Inmaculada Concepción de la Beata Virgen María



*El Señor ha querido poner Nuestra Señora al inicio del Evangelio para hacernos comprender una verdad que por desgracia hoy en día se descuida: el hombre encuentra a Dios y es santificado por Él sólo si él está unido a María, sólo si acepta en su vida a María porque esta presencia hace eficaz y presente la de Dios, inmensamente e infinitamente más importante. María es la ocasión, el medio y el instrumento del cual el hombre no puede prescindir si quiere verdaderamente tener con Dios una relación fuerte y extremadamente rica en amor.(...)*

*Cuando se recibe la Santa Comunión no es importante el modo con el que se toma a Jesús Eucaristía, pero sí el gesto de recibir a Jesús Eucaristía con la mano, es un gesto que debería evocar el de María que acoge al Niño Jesús en sus manos. Qué hermoso es ese gesto: las manos puestas de tal manera que formen un tronito de amor sobre el cual Jesús se puede apoyar. Recibimos a Jesús Eucaristía tratando de tener en nuestro corazón una parte del amor que María tenía y ha tenido hacia su Hijo cuando lo abrazaba, protegiéndolo y resguardándolo del frío. Jesús era impotente y débil; incluso siendo Dios no utilizo su omnipotencia divina y se dejó proteger por su Madre. La Eucaristía, cuando está en nuestras manos, cuando está dentro de nosotros, se deja proteger por nosotros. (...) Aquel Cristo que está en nuestras manos en primer lugar se puso en las manos de su Madre. Nació y se puso allí, en Belén, ciudad del pan; el pan Eucarístico es Cristo, la Madre de la Eucaristía es la Virgen.*

*(Desde la novena de la Inmaculada, texto de S.E. Mons. Claudio Gatti)*

## En este número...

*Homilía de S.E. Mons. Claudio Gatti del 2 abril 2006*

*Homilía de S.E. Mons. Claudio Gatti del 13 abril 2006*

*Homilía de S.E. Mons. Claudio Gatti del 16 abril 2006*



# Homilía del 2 abril 2006

## V DOMINGO DE CUARESMA

I Lectura: Jer 31, 31-34; Salmo.50; II Lectura: Hb 5, 7-9; Evangelio: Jn 12, 20-33

**H**oy escucharéis nuevamente todo lo que he afirmado muchas veces y por tanto no es nuevo para vosotros: amo de modo particular a Cristo cuando sufre, está turbado y se siente solo; estos son los momentos en los que lo siento más cercano a mí. No puedo sentirlo cercano mientras realiza grandes milagros, mientras dirige Su palabra divina a las masas, mientras cura, mientras se transfigura delante de los Apóstoles, ni siquiera cuando es levantado en la cruz o asciende al Cielo con el poder divino, del cual es partícipe como Hijo de Dios y Dios mismo.

Me fascinan de manera particular las primeras palabras del fragmento de la carta de nuestro querido San Pablo escrita a los hebreos y un versículo contenido en el Evangelio de Juan que hoy habéis oído de nuevo. "Cristo", dice Pablo, "en los días de su vida terrena, presentó con gran clamor y lágrimas oraciones y súplicas al que podía salvarle de la muerte y fue escuchado en atención a su obediencia" (Hb 5,7). Mirad, éste es el Cristo que veo delante de mí como modelo y también vosotros debéis verlo así, el Cristo en quien cada uno de nosotros puede inspirarse, para tener la fuerza de superar sus propias pruebas y sufrimientos.

Estos versículos me han abierto la mente y el corazón a algunas reflexiones: cuando Pablo afirma "en los días de su vida terrena", no se refiere solo a algunas horas antes de morir en Getsemaní, es decir cuando Cristo se infligió a sí mismo la prueba de sentirse abandonado por Dios y privado de su amor paterno. Creo que hoy, sostenidos por la Sagrada Escritura interpretada y comprendida a la luz divina del Espíritu Santo, podemos afirmar por primera vez que esta prueba dolorosísima, este sufrimiento inaudito en el que Cristo se sintió solo y abandonado incluso por el Padre, lo vivió también muchas otras veces y no solo al inicio de su pasión.

Además, debemos, en aras de la justicia, hacer una adición y dar una explicación. Cristo, durante su vida terrena y por tanto también cuando estaba en el silencio de Nazaret, vivió esta prueba dolorosa del abandono, porque era su voluntad. En aquellos momentos Cristo se sintió tan solo que no sintió ni siquiera el amor de su Madre, porque quiso privarse también de aquello.

Eh ahí el Cristo que gime, que sufre, que levanta con voz poderosa aquel lamento que no fue pronunciado sola en la cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?", sino que repitió muchas veces durante su existencia terrena. ¿A quién se dirigía? A aquél que podía librarlo de la muerte. Cristo sabía a lo que se iba a enfrentar. Entonces es oportuna hacer otra reflexión: Cristo vivió también anticipadamente los sufrimientos de la pasión, no los vivió solamente en el momento descrito por los Evangelios, sino incluso antes. La violenta pasión, la flagelación, la coronación de espinas, la fatigosa y dolorosa subida al calvario, la elevación en la cruz donde fue clavado con aquellos clavos que le perforaron la carne, dejándole ilesos los huesos, para respetar la profecía de Isaías, pues bien, todo esto Cristo lo vivió también durante su vida terrena.

Pero ¿os dais cuenta lo que el Señor nos hace comprender lentamente y de qué modo nos está abriendo su corazón? En las cartas de Dios, hace tiempo, Jesús había dicho que este año me dictaría su vida y todo esto que os estoy diciendo forma parte de su vida.

En el Evangelio tenemos todo lo que nos hace falta, pero muchos particulares, muchas otras noticias han sido silenciadas, probablemente ignoradas también por los que las han escrito. Ahora, siglos después, el Señor abre su corazón, hace sus confidencias y nos revela que ha sufrido mucho más de lo que pudiéramos imaginar, nos desvela que ha sufrido muchísimo por cada uno de nosotros y por todos juntos.

"Fue escuchado en atención a su obediencia"; pero ¿qué significa que fue escuchado? ¿Jesús suplicaba ser liberado y fue escuchado? Esto lo hemos aprendido de la Virgen: pedid a Dios, abrid vuestro corazón a Dios, llamad a su amor, pero terminar siempre con: "Padre mío, que se haga tu voluntad, no la mía". La Virgen nos ha enseñado este comportamiento, porque ella lo ha aprendido de su hijo y ella la primera se comportó así. Es en Getsemaní que Cristo dirá: "Padre, si quieres, aleja de mí este cáliz! Pero no se haga mi voluntad sino la tuya" (Lc 22,44) y la alegría del hijo es escuchar, satisfacer la voluntad de Padre.

Esto es incomprensible según la lógica humana, pero según la lógica divina se vuelve claro y es un empuje para nosotros a comportarnos del mismo modo. Que el Señor sufrió incluso durante su vida terrena tenemos confirmación siempre de la palabra de Dios; de hecho, en el fragmento del Evangelio de hoy, Cristo está desarrollando su vida pública y está todavía lejano el inicio de la pasión, y sin embargo dice: *"Ahora mi alma está angustiada; y ¿qué he de decir? ¿Padre, sálvame de esta hora? ¿Si he llegado a esta hora para eso!"* (Jn 12, 27) ¿Angustiado de qué? De su perfecto conocimiento como hombre de la cruz, de lo que sufriría. Por tanto aquella angustia significa sufrimiento, significa anticipación de la pasión, significa: *"Yo estoy sufriendo, estoy sufriendo terriblemente"*. No sé si los Apóstoles, a los que les dirigía esas palabras, comprendieron completamente lo que quería decir el Señor, pero por otra parte no lo hemos comprendido ni siquiera nosotros, no lo he comprendido ni siquiera yo sino después de decenios de vida sacerdotal. Jesús dice: *"Mi alma está angustiada"*, es decir, está sufriendo de manera indecible, pues bien, incluso sufriendo, sería lógico decir *"Padre, sálvame de esta hora, impídeme que sufra"*. Sin embargo, Jesús dice: *"¿Si he llegado a esta hora para eso!"* es decir *"He venido a sufrir"*, pero para sufrir no solamente durante las últimas horas de su vida terrena, sino también en otros momentos.

Mirad, hoy hemos levantado un poquito un velo, hemos leído en el corazón de Cristo, porque Él ha querido que descubriéramos lo que ha vivido y sufrido verdaderamente. Recordaréis lo que os he dicho muchas veces que la Palabra de Dios, incluso dentro de millares de años, provocará siempre nuevos estímulos e impulsos para conocer otras verdades y enseñanzas. Esta es la confirmación de cuánto os he dicho muchas veces.

¿Y cuál es el deseo de Cristo hombre-Dios? Es la glorificación de su Padre. ¿Y cuál es el concepto de glorificación del Padre? Que el Hijo escuche, respete su voluntad subiendo a la cruz; solo entonces Cristo atraerá a todos hacia sí. Pero si miramos alrededor, ¿cuántas son las personas que hoy son verdaderamente atraídas por Cristo? Si no son muy numerosas no depende de Cristo, depende del hombre que rechaza obedecer.

Al igual que Adán rechazó obedecer, igual que los ángeles rechazaron obedecer y se convirtieron en demonios, también los hombres tienen la posibilidad de escoger el Sí de María o el No de Adán; el Sí de María es salvación, es empuje para estar unidos a Dios. En el momento de la Anunciación también la Virgen estaba turbada: *"Se turbó por estas palabras"* (Lc 1, 29) y se repite siempre este término, porque la Virgen vive dentro de sí los sufrimientos que el Hijo viviría, no solo durante las horas de su pasión, sino también durante los días silenciosos de Nazaret y los días más tumultuosos de su vida pública.

He aquí, esto nos ha dado el Señor, esto nos ha hecho entender. Entonces acercándonos al jueves y al viernes santo, días muy cercanos en el calendario, pero que tienen que ser mucho más cercanos en nuestro corazón, debéis recordar esto y dar gracias al Señor que nos amó tanto que la intensidad y el drama de su amor fueron desconocidos durante siglos, casi para no impresionar a los hombres; éste es el verdadero motivo. El que se acerca a él goza de sus confidencias.

Nosotros nos hemos acercado porque, a pesar de nuestras debilidades, a pesar de nuestras faltas de las que ha hablado hoy la Virgen, el esfuerzo está de parte de la mayoría de nosotros. Entonces es justo que conozcamos a Cristo, para poderlo amar cada vez más, sin atrincherarnos detrás de los tópicos habituales, sino conocer la verdad tal como es, en toda la intensidad del drama de su sufrimiento.

Cristo nos ha amado hasta el punto que ignoramos su sufrimiento y no podemos comprender la intensidad. Me viene a la mente Juan Pablo II, que durante la aparición de hoy la Virgen ha dicho que estaba cerca de ella. La última imagen que tengo de él es la del Viernes Santo, cuando estrechó la cruz. Lo que ha dicho al Señor solo él lo sabe, pero el gesto ha sido extremadamente elocuente. Desafortunadamente, hoy la cruz se usa como adorno en el pecho de muchas personas, pero la cruz debe entrar sobre todo en el corazón. Por tanto en vuestras casas debe reinar la cruz, a ella debéis referiros; seguid el ejemplo de San José que, cuando entraba en la casa de Nazaret, iba primero a adorar a Jesús en la cuna que había fabricado con sus manos y después iba a saludar a su mujer.

Entrando en vuestras casas, id primero a besar el crucifijo y, si podéis, paraos algunos instantes delante de él, después sumergíos en vuestros trabajos domésticos y en vuestras actividades familiares. En primer lugar tiene que estar Cristo, Cristo en la cruz, porque este es el trono que él prefiere. La cruz es su trono y de allí no quiere ser desclavado, porque solo en la cruz continuará atrayendo a todos los hombres y entre estos esperemos que estemos cada uno de nosotros y todos juntos, para gloria de Dios y para la salvación de las almas. Sea alabado Jesucristo.

# Homilía del 13 abril 2006

JUEVES SANTO

*I Lectura: Is 61,1-3.6.8-9; Salmo 88; II Lectura Ap 1,5-8; Evangelio Lc 4,16-21*

**H**oy, Jueves Santo, las dos primeras filas están ocupadas por nuestras hermanas vestidas con na túnica de color. Esto no es por un motivo folclórico, sino para restaurar la realidad incluso en los detalles, para que el relato del Evangelio sea más completo.

El Evangelio es la enseñanza de Cristo transmitido por los apóstoles pero no han sido referidos todos los detalles. En el curso de los siglos, cada tanto, se ha desvelado el misterio y, a través de una luz nueva, se comprenden mejor hechos y acontecimientos evangélicos, que alegran y abren el corazón.

Vayamos con orden. El domingo pasado dejamos a Jesús mientras entraba triunfante en Jerusalén y ahora tratamos de seguirlo en esta su última semana, los últimos días de su vida.

Después de la entrada triunfal, Jesús vuelve a Betania, un pueblo que dista de Jerusalén apenas tres kilómetros, y él lo escogió justamente por este motivo. Probablemente es huésped de algún amigo, quizá de Simón el leproso, lugar en el que ocurrió la comida durante la cual María llevó los ungüentos con los que roció los pies del Señor; o quizá se hospedó en casa de sus queridos amigos María, Marta y Lázaro. No lo sabemos con certeza, pero es cierto que Jesús fue a Betania.

Durante los últimos días de su vida, los primeros de la última semana, alrededor de Cristo había una gran tensión y un deseo creciente de matarlo. De hecho, contra él se habían unido diferentes personajes, desunidos entre ellos, para tratar de hacerle quedar mal delante del pueblo que consideraba a Jesús un gran profeta.

Sin embargo, él da sus últimas enseñanzas en Jerusalén. Quiero citaros solo algunas. En el templo algunos escribas le preguntaron: *“¿Con qué autoridad haces esto? ¿Y quién te ha dado esta autoridad?”* (Mt 21, 23). Y Jesús los pone en serias dificultades, preguntando a sus adversarios: *“También yo os haré una sola pregunta. Si me respondéis, también yo os diré con qué autoridad hago esto. El bautismo de Juan ¿de dónde venía? ¿Del cielo o de los hombres?”* (Mt 21, 24.25). Sabéis cuál fue la reacción. Después hay una parábola muy hermosa y significativa, la de los viñadores infieles, los que matan al hijo del dueño pensando que se apropiarían de la viña. Y aquí, proféticamente, diría que de manera clarísima, se anuncia el misterio de la pasión y de la muerte del Señor.

Jesús, durante el día, predicaba en Jerusalén; la noche, en cambio, la pasaba con sus apóstoles, enseñándoles con amor y autoridad, dejando para ellos las últimas enseñanzas y retomando lo que les había dicho durante los últimos tres años de vida pública. Por tanto la noche estaba reservada a los apóstoles: he ahí porqué en la noche entre el jueves y el viernes santo, en Getsemaní, todos los apóstoles, incluidos los tres más cercanos afectivamente a él, se durmieron; habían transcurrido noches intensas de doctrina y de catequesis, por parte del Señor. No estaban borrachos ni llenos de comida, sino que simplemente estaban cansados, como lo estamos también todos nosotros después de haber transcurrido noches o parte de las noches en blanco.

¡Mirad el gran amor de Jesús! En los últimos días de su vida terrena quiso, durante el día, dar a los hombres de Jerusalén las últimas enseñanzas y, durante la noche, preparó a sus apóstoles para ser testigos del sacramento de la Eucaristía y para recibir el orden episcopal. Los apóstoles fueron preparados por Jesús para todo esto mucho tiempo antes, no ocurrió de manera improvisada.

De hecho, cerca de un año antes, él había pronunciado el discurso sobre la institución de la Eucaristía después de la multiplicación de los panes, cuando, los mismos discípulos, no comprendiendo el significado del misterio eucarístico, lo abandonaron y lo dejaron solo. *“Desde aquel momento muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no iban con Él. Dijo entonces Jesús a los doce: “¿Queréis iros también vosotros?”. Le respondió Simón Pedro: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios”* (Jn 6, 66-69)

Los últimos días fueron densos de doctrina y de significado. Cuando empezó a amanecer, el Jueves Santo, día de la Eucaristía y de la institución del Sacramento del Orden, Jesús tenía claro en el corazón lo que ocurriría. ¿Celebró el Jueves Santo solo con los apóstoles? No. La certeza de esta afirmación está en las primeras líneas del octavo capítulo de san Lucas: *“A continuación se iba por ciudades y pueblos, predicando y anunciando la buena nueva del reino de Dios. Estaban con él los Doce y algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y de enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, la mujer de Cuza, administrador de Herodes; Susana y muchas otras, que le servían con sus bienes”* (Lc 8,1-3). No se habla de la Virgen porque ésta fue una elección suya, quiso que se hablase de ella solo lo indispensable, lo necesario. Estas mujeres, por tanto, formaban la familia de Jesús, una familia extensa formada por los apóstoles y las mujeres. De Betania se desplazaron también ellas junto con Jesús y los apóstoles. He ahí que esta tarde, vosotras, mujeres que lleváis las túnicas de color, las representáis.

En esta ocasión descubrimos a Jesús como un perfecto organizador. Sabe que tendrá que instituir los dos grandes sacramentos y quiere que el lugar sea el adecuado, idóneo, solemne; así que manda por adelantado a Pedro y Juan, a los que les recomienda: *“Al entrar en la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo hasta la casa donde entre, y diréis al dueño de la casa: El maestro manda decirte: ¿Dónde está la sala en la que voy a comer con mis discípulos la cena de la pascua? Él os mostrará en el piso de arriba una habitación grande y alfombrada; preparadla allí».* Fueron y encontraron todo como les había dicho, y prepararon la cena de la pascua. (Lc 22,10-13)

Jesús no mandó a Judas, el tesorero del grupo, el que tenía la bolsa del dinero, porque éste había ya consumado la traición: de hecho, se había puesto de acuerdo con los jefes del sanedrín para venderles al Maestro. Mirad, es muy bella esta procesión, es la última que acompaña a Jesús antes de empezar su pasión. Jesús, como de costumbre, va delante y a Su lado está la que no quiere ser nombrada pero que nosotros, por respeto a la verdad, debemos nombrar: la Madre de la Eucaristía. Me gustaría invitaros casi a vivir, a contemplar esta imagen que ha sido descrita otras veces por el mismo Jesús y la Virgen en las cartas de Dios. Jesús, alto e imponente, se aferra a su Madre abrazándola y estrechándola a su corazón y juntos caminan delante, rezando y hablando. ¿Y de qué hablaban? Hablaban de la Eucaristía. De hecho, la Virgen sabía lo que ocurriría. Los apóstoles sabían que Jesús instituiría la Eucaristía y que serían ordenados obispos, pero no sabían cuándo. La Virgen, en cambio, sabía que el momento había llegado y empezó a rezar, para que este gran sacramento fuese aceptado de la mejor manera por los apóstoles y por las santas mujeres.

Jesús, la Madre de la Eucaristía, los apóstoles y este grupo de mujeres que se habían dedicado completamente a Jesús, entran en la habitación donde está el cenáculo. Jesús y la Virgen se recogen y se aíslan en una habitación. Es su tiempo: el tiempo de los últimos intercambios, de los saludos, de las últimas palabras y de las últimas manifestaciones de afectos que hay entre un hijo que es consciente de morir dentro de poco y de una madre que es consciente de tener que asistir a su muerte.

Mientras tanto, los apóstoles y las santas mujeres preparaban todo lo necesario: escogido y cocido el cordero, preparado las hierbas amargas y aquella salsa particular que tenía que ser consumida junto al pan ácimo. Todo estaba preparado para el gran momento.

El Evangelio cuenta sobre Jesús y los apóstoles, no hace ninguna referencia a María ni a las mujeres; y sin embargo, al cabo de algunas horas estarán bajo la cruz, irán al sepulcro y lo encontrarán vacío con la piedra movida. No es posible que Jesús se haya olvidado de estas personas que le han asistido con afecto durante el tiempo de la misión, dando incluso su propio dinero para cubrir las necesidades de los apóstoles. ¿Jesús es capaz de hacer esto? No. Eh ahí porque yo creo que, ciertamente, las santas mujeres estaban en el mismo edificio, probablemente en una sala adyacente.

¿Y la Virgen? Jesús la quiso cerca de él. ¿Os parece posible que la haya relegado lejos de su lado en el momento en el que ella se convierte oficialmente en Madre de la Eucaristía y le es confiada el cuidado y la defensa de este sacramento? Sería maravilloso intentar levantar aún más el velo del silencio y la discreción, entrar en el corazón de María y de Jesús, entrar en su alma.

Empieza la cena. Sabéis cuáles eran los alimentos, sabed que, durante esta cena, eran pasadas cuatro veces varias copas, precedidas de una oración de bendición. A medida que se acercaba el momento, del corazón de Jesús se liberaba un océano de amor, al igual que del corazón de la Madre de la Eucaristía, y se fundían juntos hasta formar un único océano de amor y de gracia. No tenían necesidad de hablarse porque sus miradas eran elocuentes pero, sobre todo, era elocuyente el corazón, era elocuyente el alma de la Virgen, que se abría a una gratitud y reconocimiento inmensos, porque su Hijo estaba a punto de darse a sí mismo en la Eucaristía a todos los hombres.

Y también hubo otros momentos, recuerdos y reflexiones que fueron provocados por la situación que se dio en el Cenáculo: los apóstoles se pelean entre sí por quién debería haber ocupado el primer lugar. Todo esto hizo venir a la mente de Cristo a todos los sacerdotes, pertenecientes a todos los órdenes jerárquicos, que a lo largo de los siglos servirían más a sí mismos que a Dios, que intentarían sobresalir antes que hacer destacar a Dios, que lucharían por ocupar los primeros lugares, aun a costa de otros mejores que ellos.

Pues bien, Jesús sufre por aquellos que serán mercenarios y no auténticos testimonios de Cristo, pero la situación empeora todavía más porque Judas ha consumado la traición: *"En verdad, en verdad os digo: uno de vosotros me traicionará"* (Jn 13,21). En medio de todos estos sacerdotes y obispos que se sucederán a lo largo de los siglos, existirán muchos otros judas, demasiados, diría yo. Y el corazón eucarístico de Jesús y el corazón materno de María no podían sino sufrir de manera indecible y tremenda. Jesús vio uno a uno a estos traidores. A pesar de todo, fue animado por su madre: *"Ve hijo mío, ve adelante, porque al lado de Judas estará Pedro. Con su fragilidad, que se redimirá con su llanto y sufrimiento; estará Juan, el casto y el puro, el apóstol de la inocencia, estará Pablo, estarán todos los demás apóstoles, estarán todos los demás hijos míos que te amarán de manera alta, fuerte y poderosa. Adelante Jesús"*. Y entre estos Jesús también ha visto nuestros rostros, Jesús ha encontrado nuestras almas, Jesús ha admirado nuestros corazones.

Y eh ahí que llega el momento más solemne de la noche. Imaginad a los apóstoles que comen y hablan; Judas ya se ha ido. *"Lo que vas a hacer hazlo pronto"* (Jn 13, 28). Jesús se ha quedado con los íntimos, con sus amigos, y se recoge en oración y en recogimiento, toma el pan y lo parte: *"Tomad y comed; éste es mi cuerpo"* (Lc 26, 26). Él también toma un trozo de pan. Nos podemos preguntar: ¿Por qué Jesús hace la Comunión? ¿Y por qué no? Es el Sacerdote que toma la Víctima. El segundo trozo de pan es para la Madre de la Eucaristía; esta Eucaristía permanecerá preservada en el corazón de la Virgen hasta el momento de la Resurrección.

Jesús ha sido muerto, ha padecido y está muerto, pero está igualmente vivo en el corazón de María. Los apóstoles estaban conscientes de lo que estaba ocurriendo, recordaron todas las enseñanzas recibidas, de manera particular las últimas que Jesús les dio en las noches del domingo, lunes, martes y miércoles. *"Bebed todos, porque esta es mi sangre, la sangre de la alianza, derramada por todos, en remisión de los pecados"* (Mt. 26-28). Toman el pan, beben del cáliz, y Jesús entra en cada uno de ellos en cuerpo, sangre, alma y divinidad. Los apóstoles han rezado. Yo querría detenerme sobre esto. No vivieron el momento con distracción, asombrándose. Comprendieron lo que estaba ocurriendo. Entonces tenéis que ver a estos apóstoles que inclinan la cabeza, se recogen en oración, la Madre de la Eucaristía que estrecha la Eucaristía que está dentro de ella. Tenéis que imaginar a Jesús mientras reza al Padre, porque los hombres ya tienen el camino del Paraíso abierto de nuevo.

La Misa es de Jesús y la Eucaristía es la Misa de Jesús, es anticipación de la pasión y de la muerte, es el sacrificio incruento que anticipa el sacrificio cruento. ¡Quién sabe si el Señor nos revelará aún algún otro detalle que se refiera a este momento tan grande para la Iglesia! La grandeza, la fuerza y el poder de la Iglesia nacen en el cenáculo, en la presencia de Jesús, de la Madre de la Eucaristía y de los apóstoles que aman a Jesús Eucaristía.

La Iglesia va adelante gracias a la Eucaristía, la Iglesia va adelante a pesar de la presencia, a veces numerosa, de los otros Judas, y va adelante porque está asistida por aquél que se ha inmolado por todos. Eh ahí, entonces, dirijamos nuestra atención también a las santas mujeres. ¿Creéis que Jesús las olvidó? No, las hizo venir también a ellas y se dio a sí mismo, les dio la Eucaristía. Oficialmente la Iglesia nacerá en la misma sala, en el mismo cenáculo, el día de Pentecostés, pero allí fueron puestas las bases.

De hecho, están presente los sacerdotes, los obispos, están presentes los fieles y, sobre todo, está presente Cristo; está presente su Madre, nuestra Madre. La Iglesia está a punto de nacer, está en gestación, el nacimiento tendrá lugar el día de Pentecostés, y es esta Iglesia que yo, hoy, recomiendo de nuevo a María, Madre de la Eucaristía. Puedo hacerlo, debo hacerlo.

Es una Iglesia que amamos, por la cual no ha sido ahorrado sufrimiento; es una Iglesia que está renaciendo gracias a las lágrimas y a la sangre derramada por almas inocentes y porque sus hijos rezan, imploran y esperan con fe, aunque las filas van disminuyendo, la gente cansada se aleja, y aunque hoy de vez en cuando Judas se asoma aún es reconocido y ahuyentado.

Mis queridos hijos, os entrego de nuevo la Eucaristía: defendedla, amadla, llevadla con vosotros, no tengáis miedo, no tengáis temor. Juan Pablo II, al inicio de su pontificado grito: "¡Abrid las puertas a Cristo!" Es hermoso este grito, pero yo me permito corregirlo y decir: "¡Abrid las puertas a Jesús Eucaristía!", porque allí está todo. Está el Cristo que se alegra, está el Cristo que sufre y muere y está el Cristo que resucita. Entonces amemos la Eucaristía y, en estos días, sea verdaderamente el centro de nuestro corazón y de nuestra vida.

Id más frecuentemente y cuanto más tiempo podáis a la iglesia y arrodillaros ante Jesús Eucaristía, vivo. Espero que hayáis aprendido que los sepulcros son expresiones populares erróneas y, por desgracia, nunca correctas. La Iglesia debe purificarse y lo que se está haciendo hoy nos recuerda otro sentido y otra realidad.

La Iglesia debe sumergirse en una profunda humildad. Debe imitar a Cristo, rey, profeta, mesías, sacerdote, que se inclina ante sus criaturas, cuyos pies lava en señal de humildad. Recordad que cuánto más alto es el sacerdote, más humilde es; cuánto más grande es delante de Dios, más pequeño se siente delante de él y cuanto más ama a Dios, más ama a sus hermanos.

La Iglesia es amor, fe y esperanza; la Iglesia hace presente a Cristo, la Eucaristía, y la Iglesia somos nosotros. Así pues, adelante con Cristo, con la Madre de la Eucaristía, con San José, Custodio de la Eucaristía. Hoy, durante la aparición, se ha dicho públicamente que le he visto, pero yo estaba tan emocionada que no recuerdo bien aquella visión.

Deseo que Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, Tres personas y un solo Dios, hagan pronto lo que han prometido: restituyan a la Iglesia aquella vitalidad que Cristo le dio y que los hombres han tratado de matar.

Sea alabado Jesucristo.

*Recordad, cuando estemos en el Paraíso tendremos un conocimiento, una elevación de inteligencia, una penetración del misterio de Dios muy grande y muy fuerte, por el que conoceremos las verdades divinas mucho mejor de cuanto los más grandes teólogos hayan podido alcanzar en sus estudios y en su vida terrena. Con esto, inclinados a Dios, le damos gracias por el don que nos ha hecho de darnos una Madre tan alta, poderosa y llena de gracia y, también nosotros, detengámonos ante esta obra maestra y digamos: "Bendito sea Dios, autor de todo bien"*

*(Desde la homilia de S.E. Mons. Claudio Gatti, 8 diciembre 2006)*





# Homilía del 16 abril 2006

## PASCUA

*I Lectura: Hch 10,34a.37-43; Salmo 117; II Lectura: Col 3,1-4; Evangelio: Jn 20,1-9.*

**H**oy, ayudados por el Señor, trataremos de levantar un poquito más el velo de la discreción, del silencio que envuelve todavía el momento de la Resurrección pero, para que esté claro lo que se dirá, han de hacerse algunas premisas. Cristo es verdadero Dios y verdadero Hombre, es decir la naturaleza humana y la naturaleza divina, unidas juntas, formando una sola persona y todo lo que Cristo realiza en la naturaleza humana, incluso las acciones del sacrificio, de la fatiga, o de comer, tienen que ser atribuidas también a la naturaleza divina, por tanto tienen valor infinito. Cuando nosotros muramos, el alma se separará del cuerpo y volará hacia Dios, del cual será juzgada en base a lo que el alma haya realizado: será premiada o castigada o puesta en una zona intermedia de purificación que es el Purgatorio. Para Jesús, siendo Dios, la situación es completamente diferente. En el momento de la muerte de Cristo, el Alma y la Divinidad se separaron del Cuerpo y, como está referido en la escritura y es parte de nuestra fe, fue a los llamados infiernos, donde esperaban todos los justos del Antiguo Testamento que fueron recogidos y conducidos al Paraíso. Nunca se ha mencionado antes, pero el Purgatorio ya existía entonces, era donde todos aquellos que, encontrándose unidos a Dios, aún debían purificarse de los pecados cometidos durante su vida terrena. Habéis oído hoy que estas personas gritaban al Señor, además de Hosanna, ser conducidas también ellas cuanto antes al Paraíso. En el momento establecido por Dios, con la Resurrección, ocurrió algo que no está relatado en los Evangelios por un motivo muy simple: los Evangelios han descrito lo que fue visto y oído por los Apóstoles. La Transfiguración fue vista, fue objeto de experiencia de algunos de ellos por tanto ha sido descrito pero no la Resurrección. La virgen les contó a los Apóstoles cómo tuvo lugar el nacimiento de Jesús, pero en los designios de Dios se estableció que tenían que pasar muchos siglos antes de que supiéramos cómo se llevó a cabo la Resurrección. No sé por qué, pero todo es parte de la voluntad divina.

Hoy habéis comprendido que Jesús estuvo acompañado de todas las almas santas que están en el Paraíso, por los ángeles, pero también por los que estaban en el Purgatorio y en el momento de la Resurrección, cuando el Alma y la Divinidad de Cristo se reunieron con el Cuerpo, sucedió algo inmenso, maravilloso que los hombres, como ocurre cada vez que Dios obra, incluso a lo grande, no se dieron cuenta. Ante la tumba de Cristo se recogieron todos los ángeles, los santos del Paraíso, las almas salvas y María, la única persona todavía viva en la Tierra que, por voluntad de Dios, estaba delante del sepulcro en bilocación. El sepulcro es el segundo tabernáculo eucarístico que Dios estableció, mientras que el primero es el seno de María, Madre de la Eucaristía. Cuando el Ángel comunicó a María, consciente que tenía que convertirse en Madre de Dios, que ya había llegado el momento para que se cumpliera este misterio y la Virgen consintió en cumplir la voluntad de Dios, en su seno Dios se hizo presente y el Ángel, que estaba en posición erguida, se arrodilló en adoración porque, en aquel instante, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad entraba en el seno de María. Lo que se realizó en el momento de la Anunciación del Ángel se realizó por todo el Paraíso en el momento de la Resurrección, cuando el Alma y la Divinidad de Cristo se reunieron con el Cuerpo y la tumba se convirtió en un tabernáculo conteniendo a Cristo, verdadero Dios y verdadero Hombre. En aquel momento los hombres no se dieron cuenta de nada, pero un poder, una luz fortísima inundó la Tierra, para indicar que la Redención prometida se había hecho realidad. En aquel instante los santos, los ángeles y la misma Virgen, que tenía a San José al lado de

una parte y de la otra al Bautista, se inclinaron en adoración y los ángeles cantaron el Aleluya de manera solemne así como en el día del nacimiento cantaron el Gloria. La Madre de la Eucaristía estaba feliz, en adoración, porque Jesús es su hijo, pero Jesús es sobre todo Dios e Hijo de Dios y esta escena maravillosa nos debe sugerir una actitud reverente y de adoración cada vez que nos encontramos ante Cristo, pero sobre todo cuando lo adoramos presente en el silencio del sagrario.

Y ahora la misma homilía se transforma en oración. Deseo parafrasear las palabras que están contenidas en el primer capítulo de la Carta a los Colosenses, de la cual hoy habéis oído un fragmento. En el primer capítulo, del que hemos hablado durante nuestros últimos encuentros bíblicos, Pablo dice: *"Cumpro en mí lo que falta a la pasión de Cristo"*. Pues bien, yo hoy, oh Señor, quiero tomar nota de esta expresión, transformarla, adaptarla a la circunstancia que estamos viviendo, es decir que hoy podemos decir que participamos y cumplimos en nosotros lo que falta a la Resurrección porque participamos y nos adherimos con nuestro desprendimiento del pecado a una vida de gracia que es renacimiento y resurrección. Esta resurrección ve diferentes temas y Te pido, de hecho, grito con pasión y con amor: *"Oh Señor, ¿cuándo sucederá la resurrección de Tu Iglesia?"*. Es una Iglesia que amamos, por la cual hemos sufrido y orado, pero que todavía no ha resucitado y lo hará solo en el momento en el que estará limpia en cada componente en el amor, en la vida de gracia, en una adoración llena de fe, de esperanza y de caridad, en una adoración continua del misterio eucarístico. Solo entonces la Iglesia podrá definirse resucitada y las comunidades eclesiales y religiosas resurgirán solo cuando en ellas esté vivo, palpitante y sea puesto en práctica el mandamiento de Cristo, el mandamiento del amor: *"Amaos como Yo os he amado"*.

Cristo no ha dicho: *"Amaos como hombres"* sino *"Amaos como Yo os he amado"*, por tanto debemos amar como ha amado Cristo, que significa tener en nosotros la vida de Cristo y la vida de gracia. Si no hay vida de gracia en nosotros, no podemos amar como Cristo. Oh Señor, renacerán y resurgirán también las familias que Tú amas tanto y por las cuales has instituido el gran y maravilloso sacramento del matrimonio, también renacerán y resucitarán, cuando también ellas encuentren el camino del amor. En aquella estampa que se os ha dado está escrita la expresión *"El amor es el pasaporte para el Paraíso"*, pero también es el pasaporte para llegar al corazón de los cónyuges. De hecho, cada cónyuge debe tratar de llegar a su amado, a su amada, entonces no habrá aquellas cisuras a causa de las cuales vemos romperse tantos matrimonios. Vemos a nuestro alrededor tantas separaciones que después llegan al divorcio, a romper lo que Dios ha unido, en base a una mal interpretada sentencia, gritada a los cuatro vientos, según la cual el divorcio pertenece a lo civil y a la libertad de los hombres. En cambio el amor, queridos míos, como nos recuerda Jesús, no es una cadena sino un ascensor que lleva a lo alto y cuánto más amor hay, más nos levantamos, cuánto más amor hay, mejor vemos las cosas en la luz y en la realidad de Dios. Esto es lo que debe realizarse en la Iglesia, la Resurrección de Cristo. *"Él ha realizado lo que el Padre había establecido"*, murió, padeció antes de morir y resucitó y quiere unir a él en la Resurrección a todos los hombres de modo que se pueda completar el plan de salvación con la entrada definitiva en el Paraíso. Desafortunadamente esta entrada no será para todos los hombres, no porque Dios no mantenga sus promesas, sino porque los hombres en su libertad, a menudo, bajo la ilusión de afirmarlo, lo niegan renunciando a lo verdaderamente bello, a lo que es verdaderamente alto, la unión con Dios.

Hoy la Virgen, por enésima vez, ha extendido su manto sobre cada uno de nosotros, pero nosotros pedimos a la Madre de la Eucaristía que, en este momento, pueda extender su manto sobre toda la iglesia y sobre todo el mundo. Si nosotros invocamos a san José como *“Custodio de la Eucaristía, Protector de la Iglesia y Patrono del mundo”*, invocamos a la Madre de la Eucaristía y la reconocemos también con la calificación de *“Madre de la Iglesia y Madre de todos los hombres”* porque, no lo olvidemos nunca, los hombres le han sido confiados a ella por el Señor en el momento supremo de Su crucifixión, poco antes de morir y de volver al Padre. La Iglesia tiene necesidad de Cristo, el mundo tiene necesidad de Cristo y nosotros hacemos nuestro el grito de Juan Pablo II: *“No tengáis miedo de Cristo”*, expresión extraída del Evangelio, porque hemos visto que solo en compañía del Señor podemos realizarnos como personas y sin Cristo la humanidad no recibe los estímulos adecuados y aquella fuerza necesaria para realizarse.

Tenemos necesidad de Cristo y entonces, Señor, esta necesidad Te la manifestamos hoy, sabiendo que Tú vendrás al encuentro de nuestras necesidades poniéndote a nuestro lado, como Te has puesto al lado de los discípulos de Emaús, y nos hablas a nosotros como les has hablado a ellos. Los discípulos dijeron: *“Cuando hablaba, nuestro corazón ardía”*, entonces escuchemos a Cristo, solo a Cristo, exclusivamente a Cristo para alcanzar el camino de la salvación.

Sea alabado Jesucristo.

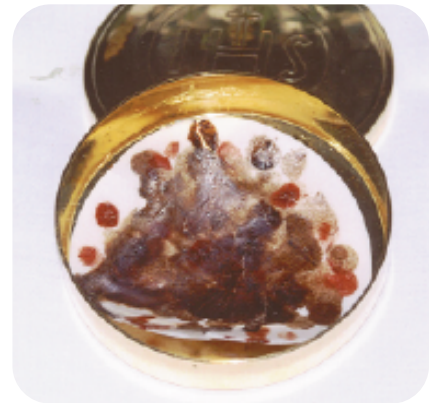




16 MAYO 2000



6 ABRIL 2002



30 DICIEMBRE 2003

El 30 de diciembre 2003 la comunidad ofreció al Señor una jornada de adoración eucarística para pedir perdón por los pecados cometidos en el 2003. Durante la mañana, Marisa sufrió de manera particularmente cruenta la pasión, acompañada de una nueva y abundante efusión de sangre de los estigmas de las manos y de la frente. Sus graves condiciones de salud no le permitieron bajar a la capillita, pero se unió a las oraciones de la comunidad en su habitación, donde S. E. Mons. Claudio Gatti había expuesto la hostia grande que había sangrado dos veces, el 16 de mayo de 2000 y el 6 de abril de 2002. Por la tarde, al término de la Santa Misa celebrada por el Obispo, mientras Marisa en su habitación sufría nuevamente la pasión y los estigmas sangraban, de la hostia surgió de nuevo la sangre, para indicar la íntima y profunda unión entre Jesús y Marisa, su esposa y víctima de amor. El Obispo, una vez en casa, después de haber constatado el milagro ocurrido, trajo la hostia a la capillita, donde algunos miembros de la comunidad permanecieron algunas horas en adoración. En la hostia estaban presentes, además de las grandes manchas de sangre de las efusiones anteriores, otras manchas más pequeñas que aparecieron en sus bordes. (...)

Este milagro ocurrido en el tiempo de Navidad nos ofrece nuevos puntos de reflexión para meditar el misterio de la Encarnación y el Eucarístico. En el misterio de la Encarnación contemplamos el misterio del Dios-Niño: la Omnipotencia divina se esconde bajo la apariencia de un recién nacido pequeño e indefenso. Del mismo modo, Jesús en el misterio de la Eucaristía, está realmente presente bajo la apariencia del pan y del vino. La hostia es frágil e indefensa en las manos del hombre que puede amarla y adorarla o también ofenderla.

*Movimento Impegno e Testimonianza "Madre dell'Eucaristia"*

*Via delle Benedettine, 91 - 00135 Roma, Italia*

*Tel. +39.06.33.80.587*

*Internet <http://www.madredelleucaristia.it>*

*Facebook: <https://it-it.facebook.com/MIT-Madre-dellEucaristia-135976513124957/>*

*E-mail: [mov.imp.test@madredelleucaristia.it](mailto:mov.imp.test@madredelleucaristia.it)*

